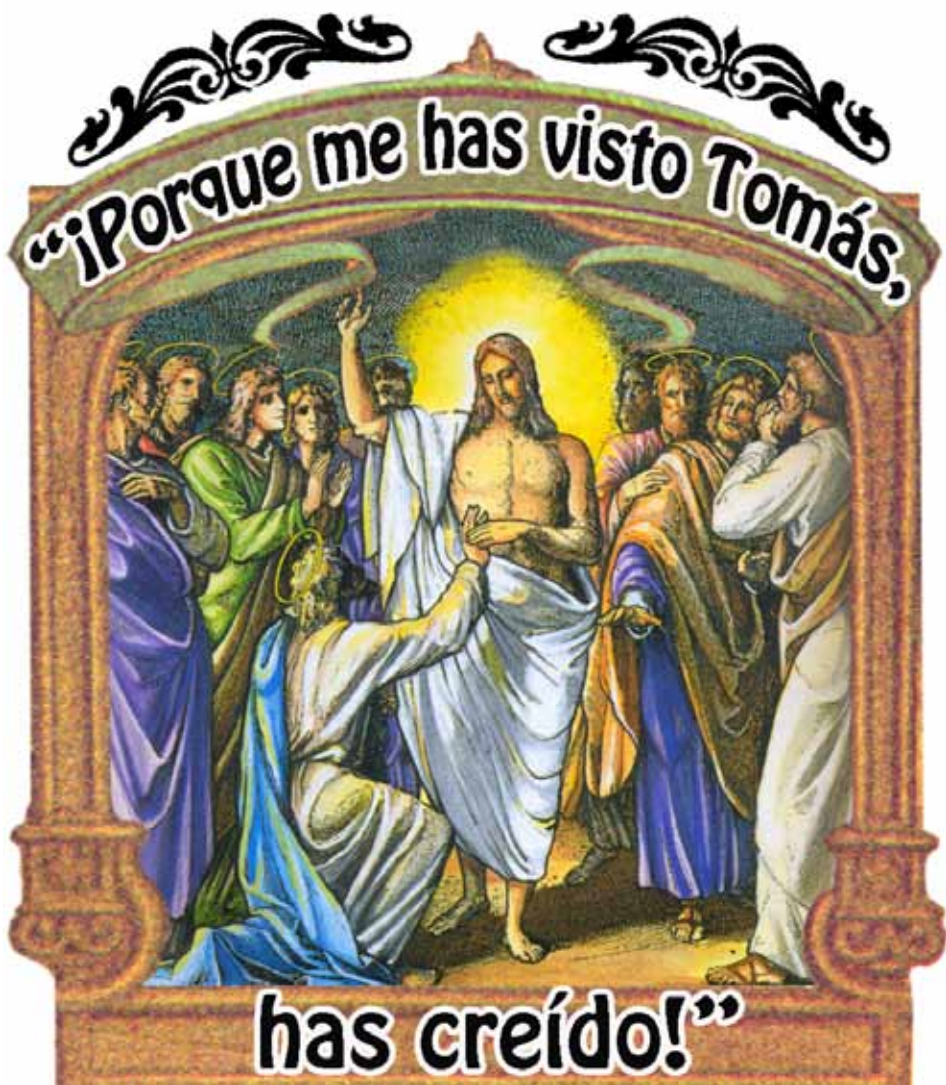




BOLETIN MENSUAL DE LA ORDEN MINIMA FRANCISCANA
ABRIL DE 2012 Número 124 Donativo \$7.00 M.N.



“¡Bienaventurados los que sin ver creyeron!”

“Alarga acá tu dedo y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo sino fiel”.

Felices y mil veces felices somos nosotros que sin haber visto y tocado a Nuestro Salvador, triunfador y victorioso sobre la

muerte, gozamos de la bienaventuranza prometida al Apóstol incrédulo que creyó en su resurrección después de haberlo visto y tocado. Con esta aparición a Tomás, consolida el Señor por sí mismo nuestra fe y le dice a su discípulo el mérito que le atribuye a esta virtud, porque la resurrección de Cristo nos asegura que no es vana nuestra fe y que no



pusimos nuestra esperanza en un muerto, sino en un vivo, en el Viviente por excelencia, cuya vida es tan abundante que puede vivificar a todos los que creen en Él, y no sólo durante nuestro peregrinar en el tiempo de esta vida, sino por toda la eternidad: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí aunque haya muerto vivirá”. ¡Bienaventurados los que creen!, por este camino llegan a la verdadera vida, la del espíritu, que les infunde nuestro amabilísimo Redentor y que les vale la posesión de la paz! “Mi paz os dejo... mi paz os doy, y no la doy como la da el mundo” (Jn. XIV, 27).

Queridísimos lectores y hermanos del alma, todo el tiempo pascual, nuestra Santa Iglesia se goza en participar a sus hijos de los frutos que Cristo nos ha merecido con sus milagros, su doctrina y su vida consumándola con su Pasión y muerte afrentosa de cruz.

Las lecturas de las misas de la semana de pascua nos van recordando las diversas apariciones de Cristo resucitado a sus íntimos amigos, discípulos y apóstoles, manifestando a los suyos el excesivo amor de su Corazón que le obligó a darse todo por la gloria de su Padre y la salvación de cuantos creyeran en Él.

Si fueron tantas y tan conmovedoras las apariciones que

sucedieron después de su triunfo sobre la muerte, ¿por qué nos detenemos especialmente en ésta que nos confirma en la fe de su resurrección gloriosa, y no ponemos nuestra atención en la que con delicado y especial amor hizo a su dulcísima Madre o a la enamorada Magdalena? ¿Sabéis por qué?

El Evangelio de la misa del “Domingo in Albis” tiene una importancia excepcional para confirmarnos y robustecernos en el duro combate que debemos sostener en defensa de nuestra fe en la hora presente. Para nosotros, la fe debe ser un escudo en el que debemos anclar nuestra confianza inquebrantable en las promesas divinas. Las persecuciones por las que ha pasado la Iglesia desde el inicio de su fundación han sido sin cuento, pero la fe firme y robusta de los primeros cristianos fue el cimiento más fecundo que les ayudó a soportar el martirio en las filas de los primitivos hijos del Cuerpo Místico de Cristo, con lo que se dio al cristianismo abundantes frutos de santidad fortaleciendo la fe en los seguidores del divino Resucitado.

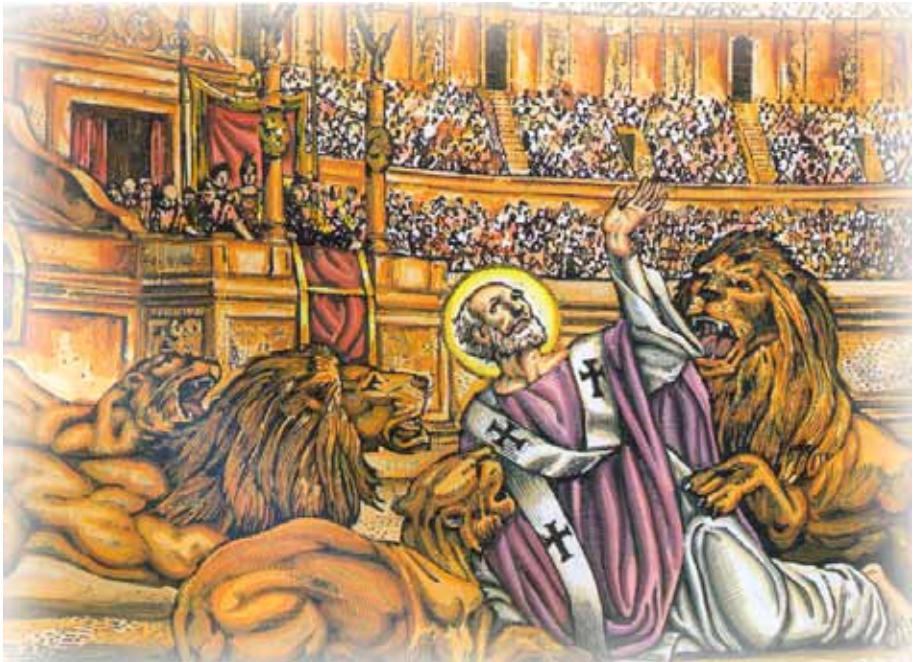
La sangre de los primeros hijos de la Iglesia fue vertida en abundancia en los campos de Dios por causa digna de conservar la pureza nítida del Evangelio y la moral con su cortejo de virtudes santas y honestas que practicaban; sin em-



pos; pero ahora la persecución es más peligrosa, más enconada, porque los perseguidores se encuentran solapadamente con piel de oveja dentro de los muros de la Iglesia. No se pretende ahora exterminar el cuerpo, sino el corazón de los

bargo, aquellos enemigos y perseguidores de la cruz de Cristo, de su doctrina y de su Evangelio, se lanzaban abiertamente a martirizar a los cristianos en sus cuer-

hijos de Dios con la deformidad del Evangelio que se ha acomodado de tal forma que sea más suave y halagadora (¡no exigente!), que se adapte a sus deseos y satisfaga





sus pasiones, como lo había advertido San Pablo en su segunda epístola a Timoteo IV, 2-4, y Gal. I, 9, prediciendo estos abominables tiempos en que vivimos.

Es evidente que aquellos que quieran conservarse en el camino de la verdad, practicando las enseñanzas que hemos recibido de nuestros mayores y guardando incólume la pureza de nuestra fe católica, tendrán que padecer un martirio mucho más penoso que el de los primeros cristianos, porque caminamos por un sendero de tinieblas espirituales, entre errores y apostasía que confunde a los débiles y atemoriza a los anémicos de espíritu y aun a los fuertes los pone en peligrosa incertidumbre.

Nuestro divino Maestro antes de dar término a su misión

en su paso por la tierra, anunció los trabajos y persecuciones que vendrían a los seguidores de su vida y predicadores de su palabra, y aseguró que era necesario que fuese así, a fin de dar mayor gloria a Dios con el poder de la gracia que obraría, por medio de la debilidad humana, grandes maravillas. Él mismo aseguró: “Tened confianza en Mí. Yo he vencido al mundo” (Jn. XVI, 33). Como una buena madre que ve el peligro amenazante de sus hijos cuando se separa de ellos, les advierte el deber de ser fieles en las enseñanzas que recibieron de Él acerca de su doctrina, cuando sobrevinieren las persecuciones y los anima en su fidelidad, diciéndoles: “Quien ha recibido mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama.

Y el que me ama, será amado de mi Padre; yo le amaré, y yo mismo me manifestaré a él” (Jn. XIV, 21). “Cualquiera que me ama, guardará mi doctrina, y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él”. “El que no me ama, no practica mi doctrina. Y la doctrina que habéis oído no es mía, sino del Padre, que me ha enviado” (Ibíd. 23, 24).

Cada palabra del Evangelio es un bálsamo consolador que debemos aplicar a nuestras almas atribuladas. Es la fuerza que nos ayudará a conservarnos constantes y valerosos en las luchas que hayamos de sostener en detrimento de la verdad, pues si Nuestro Señor se manifestó como la misma verdad, hay que conocerlo bien para amar esta verdad, y si es nuestro camino, caminemos por él a fin de llegar a la vida eterna.

Amadísimos hermanos en Cristo, ¿cómo no animarnos generosamente a seguir a un Señor tan bueno y amoroso como lo es nuestro divino Salvador, después de haber contemplado el cuadro infinito de sus acerbísimos sufrimientos en la Pasión hasta expirar en el durísimo madero de una cruz, tan sólo por su inmenso amor a cada uno de nosotros rompiendo así las cadenas que nos aprisionaban a la esclavitud del demonio!? ¡Estábamos con-

denados a las penas eternas y Él nos ha abierto las puertas del cielo resucitándonos a la gracia y amistad con Dios, su Padre! ¿Qué más podemos desear? Todo se ha dado por nosotros, para hacernos felices en el desierto de esta vida y consumir nuestra dicha con la gloria venidera. Si creemos en Él, abracemos con generosidad el yugo suave y amoroso de su ley santa. Su gracia nos basta, pero apeguémonos fervorosos a la verdad de su doctrina, bebiendo con fidelidad el agua deliciosa de los Sacramentos, que también prometió al que cree en Él, derramar de su seno ríos de agua viva que salten hasta la vida eterna.

El episodio evangélico de este segundo domingo después de pascua, viene a demostrarnos todavía más la solicitud amorosa del Corazón de Jesús por la salud de nuestras almas con la dulce figura del Buen Pastor que es todo para sus ovejas. La Iglesia canta en el oficio de este día: “Resucitó el Buen Pastor que dio la vida por sus ovejas, y por su grey se dignó morir”. Con estas palabras ha sintetizado la obra de la redención, y ésta aparece todavía más grandiosa cuando oímos salir las dulces palabras de labios de Jesús: “Vine para que tengan vida y la tengan abundante” (Jn. X, 10). Con infinita razón podía decirnos



a cada uno de nosotros: “¿Qué más cabía hacer a mi viña que Yo no hiciera en ella?” (Is. V, 4).

¡Oh, si nuestra generosidad en darnos a Él no tuviera límites como no la tuvo la suya en darse a nosotros!

Para terminar estas reflexiones, volvamos al inicio de nuestro artículo donde contemplamos la

resurrección de Cristo en su humanidad gloriosa triunfando de la muerte para no morir más. Tengamos cada uno de nosotros ese inquietante anhelo de resucitar con Él a una nueva vida sacudiendo el funesto yugo de nuestros pecados, sepultando al hombre viejo con sus vicios y pasiones, fortaleciéndonos espiritualmente.

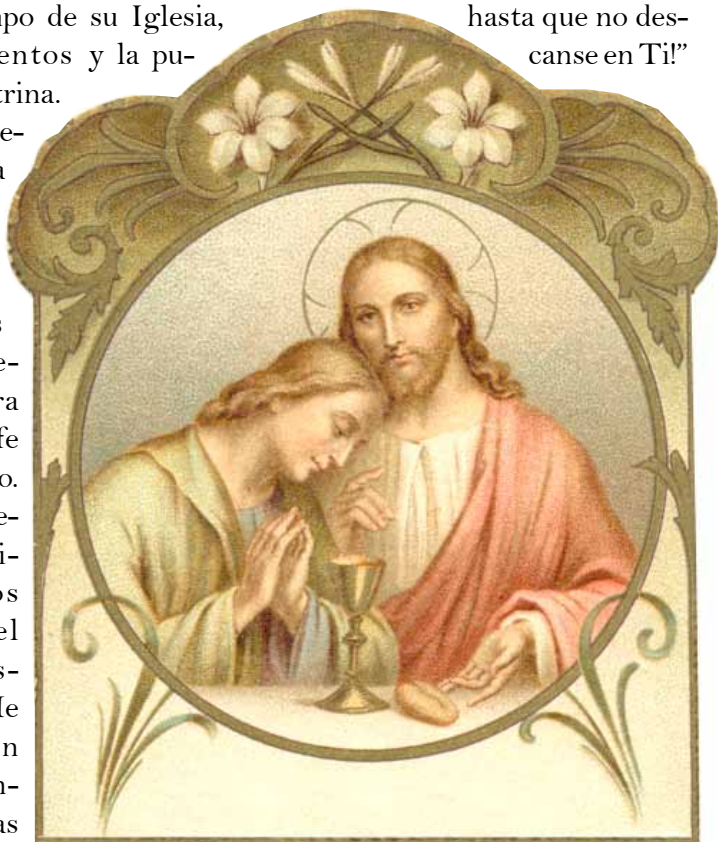
te en los verdes pastos que nos ofrece nuestro divino Pastor por medio de la verdad de su doctrina santa en el campo de su Iglesia, de los Sacramentos y la pureza de su doctrina.

Sólo así tendremos la audacia de ser firmes y constantes en las pruebas que debemos sufrir perseverando en nuestra profesión de fe frente al enemigo.

Con estos elevados propósitos podremos decir desde el fondo de nuestro corazón: ¡He resucitado con Cristo suspirando por las cosas de arriba a donde Él me ha precedido y a donde me espera con su majestad gloriosa! ¿Por qué vivir tan ocupados sólo en las cosas de terrenas cuando en poco tiempo se van a abandonar todas las cosas?

Somos de sus ovejas y ya no podemos alejarnos más de su compañía. De tal manera nos ha unido por los frutos de la redención, que no debemos vivir separados de su presencia por la gracia. Con gritos de júbilo exclamemos con el gran

doctor de la Iglesia, San Agustín: “¡Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón anda inquieto hasta que no descanse en Ti!”



Tengamos una confianza ilimitada en la intercesión poderosa de la Virgen Santísima ya que está tan unida con su divino Hijo, que no puede menos de hacer propia la misión del Buen Pastor, tanto porque los intereses del Hijo son los intereses de la Madre, como porque el Redentor en sus últimos instantes le dejó el encargo de cuidar de nosotros: “¡Mujer, he ahí a tu hijo!” Ella comenzó su misión quebrantando la

cabeza de la serpiente infernal, que tenía aherrojado al género humano. Con los dolores y angustias maternas de su Inmaculado Corazón contribuyó en vida a la victoria que su Hijo obtuvo sobre el infierno para rescatar al hombre y ahora continúa desde el cielo *“poderosa como torre de David”* y *“terrible como ejército en plan de batalla”*, ahuyentando de su amoroso rebaño al enemigo de nuestra salud. A esta divina Pastora no se le escapa ningún movimiento del autor de toda maldad, continuamente está en vela sobre su rebaño, sobre cada una de las almas confiadas a su cuidado. Por eso podemos repetir desde el fondo de nuestro corazón: ¡Si caminamos en medio de la tribulación, de Ella recibimos la fortaleza, y sobre la malicia de nuestros enemigos extenderá su mano y nos salvará su diestra!

Ella es auxilio poderoso de los cristianos, Madre de la Iglesia universal, consoladora de afligidos, y a su poder nos abandonamos con-



fiadamente poniendo en su Corazón de Madre la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el triunfo de la Santa Iglesia para que vuelva a las **fuentes primitivas de la revelación.**





La Perla de la Vocación



La vocación, cualquiera que sea, es cosa seria en demasía para que se le tome a la ligera, e importa muchísimo armarse de todas las garantías antes de tomar una decisión.

Qué gran imprudencia es el aventurarse por un camino dudoso que termina en un callejón sin salida o desemboca en un abismo, y el imponerse obligaciones que mañana se nos revelarán como cargas insoportables.

Una piedad de monaguillo, los deseos de una familia cristiana, un fervor pasajero, un “sí” arrancado presionando la timidez, es evidente que no constituyen suficientes señales de llamamiento al estado religioso.

A los padres de familia y sacerdotes, es a quienes incumbe el cuidado de descubrir, cultivar y llevar a feliz término las vocaciones, sin que jamás deban pretender inventarlas y mucho menos imponerlas. Toca al candidato, en último caso, persuadirse personalmente de la realidad del llamamiento divino y de responder a él con plena libertad, y para conseguirlo nada mejor que ver, consultar y reflexionar.

El sentirse atraído natural o sobrenaturalmente a la vida religiosa no constituye por sí sola una señal infalible de vocación. No debe, sin embargo, desde

ñarse; a falta de pruebas mejores, algunas veces prestará preciosos indicios. Lo mismo sucede con lo contrario; que el alma llamada por Dios experimente, al enfrentarse con el estado religioso, repugnancia, disgusto y hasta se rebele, es caso repetido con suficiente frecuencia que no debe parecer algo extraordinario. Es la reacción instintiva de la naturaleza al entrever el sacrificio, sutil sugestión del demonio o una tentación de la que es preciso triunfar.

Más corriente es descubrir y adivinar una vaga afinidad o simpatía, especie de armonía preestablecida, que hace al alma sentirse a sus anchas y dilatarse tan pronto como cobra contacto con la vida religiosa. Tanto como la enervan y la turban la agitación y el tumulto del mundo, la encalman y encantan el silencio y la paz del claustro.

Con mucha frecuencia va acompañado este síntoma de atractivos sobrenaturales. El día de la Primera Comunión, con motivo de una misión, de un retiro, de una profesión o de una ordenación: la palabra de Cristo al joven del Evangelio ha resonado en el fondo del corazón. Poco a poco, bajo la influencia de la gracia, se va formando una inclinación suave y profunda hacia el estado religioso, con vehemente deseo de consa-



general sobre la vida religiosa, ha de añadirse el particular de la Orden hacia la cual se siente uno inclinado y atraído. Cada Instituto tiene su regla, su espíritu característico, sus obras de apostolado; y hay que ver si a él podremos adaptarnos. Son raras las naturalezas suficientemente ricas y los temperamentos bastante flexibles para acomodarse con dichosa facilidad a todas las formas de vida religiosa y llevar con el mismo éxito el sayal del Capuchino y la sotana del Jesuita, el velo de la Carmelita o la toca de la Hermana de la Caridad. La milicia religiosa tiene sus armas diferentes que no admiten intercambio, y por eso hay que estudiarlas y después escoger la que mejor se adapte a las aptitudes físicas, intelectuales y morales de cada uno, y la que se acomoda con sus inspiraciones personales.

grarse en él a Dios. El director espiritual es el que debe comprobar el origen, la naturaleza y el valor de estos atractivos.

Es indudable que cuando Dios llama a alguien con una vocación, queda obligada su Providencia divina, en lógica consecuencia, a suministrarle todas las ayudas precisas para llegar a ser perfecto dentro de esa vocación. Requiere, pues, la entrada en religión, cierto fondo de cualidades y de aptitudes, cuya falta sería prueba evidente de no haber sido llamado.

Al conocimiento

No es igual el género de vida de una Regla contemplativa que activa, o mixta. Porque a



algunas almas llama Dios a extrema pobreza, como donde se guarda la Regla de nuestro Padre San Francisco de Asís, que es de penitencia y austeridad, de humildad acendrada y despojo absoluto. Hay Reglas que son más mitigadas.

Si no media algún impedimento canónico o moral, si se cuenta con aptitudes probables, con rectitud de intención y llamamiento de la autoridad, hay datos bastantes para diagnosticar con certeza la existencia de una verdadera vocación.



Avisos

==> Las Mínimas dedicamos un espacio de nuestro leído boletín para felicitar a nuestros apreciados y esforzados sacerdotes por la fiesta del Buen Pastor, que ellos lo son para nuestras almas. ¡Dios les pague, queridísimos Padres por toda la caridad con que agotan su vida por nuestro bien y santificación a ejemplo del Buen Pastor!

==> Nuestro Señor nos concederá una vez más la gracia de recibir la gratísima visita del Padre y Pastor de nuestras almas, Monseñor de Galarreta, quien Dios mediante estará unos días con nosotras para alimentar nuestras almas, fortalecerlas y animarlas con los saludables pastos de su palabra, que es la misma de Nuestro Señor.

==> Solicitamos de nuestros fervorosos fieles la caridad de sus oraciones ayudándonos a

pedir a la Providencia divina el socorro de su prodigalidad para continuar solventando los gastos de mantenimiento de la Casa de la Madre de Dios que seguimos reparando. Igualmente para la encomienda que Dios Nuestro Señor nos hace, tanto a ustedes como a nosotras, de contribuir con lo que podamos, a levantarle su Casa del Desagravio en Chapala Jalisco. Él pague infinitamente a cada uno su buena disposición y gran generosidad, como así se lo pedimos continuamente ante el Sacramento de su amor.

¡Sea para gloria de Dios!

